

EDUARDO D. MOSSO

# MEMORIAS DE UNA INDUSTRIA ARGENTINA

Recordando con  
**Enzo Rotania**







# MEMORIAS DE UNA INDUSTRIA ARGENTINA

Recordando con **Enzo Rotania**

Eduardo D. Mosso



Mosso, Eduardo D.  
Memorias de una Industria Argentina : recordando con  
Enzo Rotania / Eduardo D. Mosso. - 1a ed. - Rosario :  
Homo Sapiens Ediciones, 2021.  
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-771-687-0

1. Biografías. 2. Maquinaria. 3. Industria Agropecuaria.  
I. Título.  
CDD 338.982

© 2020 · **Homo Sapiens Ediciones**

Sarmiento 825 (S2000CMM) Rosario Santa Fe | Argentina

Tel: 54 341 4243399 | 4253852 | 4406892

editorial@homosapiens.com.ar

**www.homosapiens.com.ar**

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

ISBN 978-987-771-687-0

Diseño editorial y tapa: Lucas Mililli

Este libro se terminó de imprimir en octubre de 2020

en **Talleres Gráficos Fervil** | Santa Fe 3316 | Tel: 0341 4372505

fervilimpresos@gmail.com | 2000 Rosario | Santa Fe | Argentina

*Dedicado a Emilia, Marcos, Matías, Ángela y Carla*



## PÁRRAFOS

**29-08-1980\***: «Para evaluar la positiva y beneficiosa influencia que la industria criolla argentina tuvo para el país es suficiente dar una mirada a las múltiples y florecientes poblaciones que al amparo de ella crecieron, y compararlas con las que no tuvieron la misma suerte. De este fenómeno nuestra provincia es todo un ejemplo.

En realidad la industria argentina creció contra los deseos de los grandes intereses extranacionales y de la oligarquía argentina que, apoyados por los idiotas útiles de siempre, trataron por todos los medios de que la industrialización no prosperara primero y no se afanzara después.

El juzgamiento de la mediana y pequeña empresa argentina no debería ser tratado con ligereza. Con sus defectos y virtudes ha sido sin duda una gran fuerza que ha impreso una fisonomía muy especial a nuestro país dejándole positivos beneficios.

Desentenderse de ella y pretender hacerle pagar los platos rotos es una actitud que no quiero calificar

desaprensivamente pero hace pensar que, de tener resultados, beneficiaría más a intereses extra-nacionales que a los nacionales.

Porque en el mundo actual un país que no posee tecnologías mínimas propias y que no es capaz de aplicarlas, no tiene otro remedio que asumir el papel de subdesarrollado, con total sojuzgamiento de su economía, con todas las desventajas y desconsideraciones que el rótulo implica.

La situación angustiante y difícil por la que en estos momentos pasa gran parte de ese empresariado se debe a circunstancias fríamente impuestas y calculadas. Es decir, se han creado para el sector dificultades que parecería mentira que quienes digitaron las medidas no supieran de antemano ya, que serían prácticamente insuperables.

El retraso de la paridad cambiaria facilita naturalmente la importación de bienes y equivale a una subvención de la importación. Al mismo tiempo y en igual medida, dificulta a la exporta-

---

\*. Fragmentos carta de Enzo Rotania al Director del diario «La Opinión» (Rafaela) con motivo del Editorial del 01-08-1980 titulado «*Algunos Pecados*»; transcripción completa al final del libro.



ción. Las empresas nacionales que fueron privadas de su mercado interno (precios no remunerativos de la producción agropecuaria más ingreso de equipos importados), lo fueron también del mercado externo, porque en las actuales condiciones es imposible exportar.

Todo esto así manifestado suena solamente a arbitrariedad o a injusticia. Pero los resultados para el sector industrial afectado son realmente graves.

La filosofía del programa del Gobierno para combatir la inflación es traer productos importados que presionan, con razón o sin razón, los precios de los fabricantes nacionales, sin entrar a analizar si el precio así controlado en la plaza responde en la realidad a los costos de las fábricas y sin tener en cuenta que el producto elaborado por una fábrica incluye en muy alta proporción los precios de sus proveedores de insumos y servicios.

La industria argentina, por lo menos en el sector de la maquinaria agrícola, está enfrentando una situación gravísima y su futuro es muy incierto.

No hay que tener una bola de cristal para vislumbrar que cuando el industrial criollo desaparezca (a él siempre me refiero cuando nombro a la industria argentina), será reemplazado por las empresas multinacionales, necesariamente.

---

\*. Notas en agenda personal de Enzo Rotania.

Deberán entonces crearse nuevamente las condiciones para que esas industrias extranjeras puedan prosperar, y los productos valdrán lo que tengan que valer, y los precios para el usuario argentino no serán precisamente bajos.

Y entonces la nostalgia por la perdida industria argentina llegará, pero tarde.»

**22-12-1988\***: «Fábricas Cosechadoras desaparecidas: Rector, Boffelli, Puzzi, Druett (Rycsa); dedicadas a otros rubros y/o casi sin producción: Alasia, Forzani, Susana, Boschetto; quebradas: Señor, Magnano; capitales multinacionales: Gema; absorbidas c/pérdida de control: Vassalli, Daniele; sin cambios: Arauz, Aumec, Bernardin (concurzada), Rotania.»

**07/06/1994\***: «Llegan los síndicos para cerrar la fábrica. Algo que debió empezar por los años '19 y finaliza hoy.»

**08/06/1994\***: «Cambian cerradura al mediodía. Quedamos afuera. Quiebra Rotania y Cía.»

## ÍNDICE

- 11** INTRODUCCIÓN
- 13** CAPÍTULO 1:  
**De Italia a Argentina**
- 33** CAPÍTULO 2:  
**De taller a fábrica**
- 53** CAPÍTULO 3:  
**Primera cosechadora automotriz del mundo:  
invento y producción industrial**
- 83** CAPÍTULO 4:  
**La industria antes de la Guerra**
- 107** CAPÍTULO 5:  
**1945, volver a empezar**

<b>133</b>	CAPÍTULO 6: <b>La Rotania N8</b> <i>«Desde el llano a la montaña cosechando con Rotania»</i>
<b>181</b>	CAPÍTULO 7: <b>Los ochenta: máquinas gigantes, mercados complicados</b>
<b>189</b>	CAPÍTULO 8: <b>Otras producciones:</b> <b>Motoniiveladoras, Tractores, Hileradoras, Picadoras, etc.</b>
<b>241</b>	CAPÍTULO 9: <b>Papeles sueltos...</b>
<b>255</b>	CAPÍTULO 10: <b>Retazos... y epílogo</b>
<b>279</b>	TRANSCRIPCIÓN DE CARTA DE ENZO ROTANIA

## INTRODUCCIÓN

**L**os textos e ilustraciones que aquí se presentan, en principio tuvieron la intención de rescatar una parte de la memoria del trabajo en un pueblo de Argentina. Con el transcurrir de la selección fotográfica, el propósito se transformó en un intento por recuperar parte de la historia de la industria argentina; en rigor de «una industria argentina». De allí el título.

El nombre de Alfredo Rotania se asocia a la invención y producción industrial de la primera cosechadora automotriz del mundo, aporte verdaderamente revolucionario en la mecanización del agro. Los comienzos se remontan a 1915 y como empresa Rotania se extendió hasta 1994, siempre en Sunchales (Provincia de Santa Fe).

En las ocho décadas de su existencia fueron miles las máquinas producidas, así como numerosas las innovaciones que contribuyeron al patrimonio tecnológico de la industria nacional, en paralelo al desarrollo de la agricultura argentina.

El surgimiento y auge de la industria local de cosechadoras siguió un desarrollo particular respecto a las industrias extranjeras, proveyendo a la casi totalidad de las máquinas que durante décadas recolectaron los granos del país.

Esta recopilación procura aportar a la memoria de una de estas industrias. Resume testimonios fotográficos y materiales varios así como transcripciones de fragmentos orales, anécdotas, en fin: «recuerdos» de Enzo Rotania. Es síntesis de conversaciones –fundamentalmente motivadas por la fotografía– durante aproximadamente treinta años y que se decidió organizar en un primer manuscrito hacia fines de 2005.

Las fotografías, folletos y escritos pertenecen a la colección privada de Enzo Rotania. Los textos provienen de transcripciones de audios, documentos, anotaciones diversas y conversaciones. El criterio de inclusión consistió en un supuesto interés sobre estos materiales, orientados hacia la interpretación de ciertas circunstancias en épocas pasadas. Por ello

se consignan fechas, años o su ubicación en la década cuando fue posible. Desde el punto de vista metodológico no se les ha dado ningún rigor, sino simplemente resguardarlos y ponerlos a disposición de probables interesados.

Los capítulos siguen –en general– ordenamiento cronológico en etapas caracterizadas por «relativa» coherencia de temas contenidos.

Se citan personas, localidades, empresas, marcas, etc.; tal vez asome en otros el deseo por recuperar alguna historia particular, alguna anécdota, quizá alguna foto.

Un agradecimiento especial merece quien ha contribuido para que haya llegado a un resultado lo que no fueron más que párrafos inconexos e imágenes desordenadas: Luis Priamo nos aportó su distinguida capacidad metodológica y calidad humana. Ello ha significado un aporte sustancial para que la recopilación avanzara y se convirtiera en algo más que intenciones imprecisas.

Quienes lo lean quizá encuentren algo de interés en una parte de la historia de un sector industrial argentino, o una anécdota, o alguna foto les recuerden una propia. Acaso algún dato técnico, una solución mecánica, alguna idea o un diseño les resulten llamativos. Además de ello, ojalá movilice a otras personas a recuperar alguna otra memoria y emprenda la preparación de un manuscrito como lo hicimos nosotros, cuyo valor -o su ausencia- otros juzgarán.

Intentamos además un humilde reconocimiento a los representantes de una parte de la actividad productiva: los pioneros y trabajadores de las industrias nacionales que quedaron en el camino. Y también el deseo de que la industria argentina sea motivo de orgullo para su pueblo. •

## CAPÍTULO 1

# De Italia a Argentina

### ¿Por dónde empezamos?...



¿Qué puedo decir de Rotania? Desde que tengo memoria es este lugar, las máquinas, esta casa. Nunca viví en otro lado; de esta misma galería donde estamos ahora son mis primeros recuerdos. Y también desde siempre la fabricación de cosechadoras. Nací en 1921; mi lugar de juego era ese taller, aquí mismo, estaba todo en este lote.

Tanta familiaridad con la cuestión capaz que no me deja contar bien lo que otro quisiera saber. Cosas muy habituales para mí, que no les doy ninguna importancia y por ahí a otros le interesa y no me doy cuenta de contarlas. O al revés: a mí me parecen interesantes y el otro se aburre. Vienen así,

en conversaciones sueltas. Son tantas cosas y tanto tiempo que ya no sé qué fue lo importante.

Pasaron cosas lindas, buenos tiempos; y otras que sería mejor no acordarse.

### **De Italia a Argentina. Las trilladoras estáticas (estacionarias)**

Mi viejo estaba relacionado con los equipos de máquinas trilladoras desde que vivía en Italia, en Piamonte. Nació en Revello en 1885 y también vivió en Saluzzo. Está la foto en Italia, antes de venir a Argentina, sobre un motor a vapor.

Vino de grande a Argentina; primero llegaron algunos de sus hermanos y luego él con el resto de

la familia. El origen en Italia no es fácil de rastrear; el abuelo Juan (Giovanni, el «Parín») parece que provenía de un orfanato, frecuente en aquella época. Tuvo varios hijos: Victorio, Román, Miguel, Angelina, Alfredo, Fernando y Enrique. Román y Victorio vinieron primero a la Argentina y después inmigró el resto de la familia.

No es que venía sin oficio, ya tenía buena experiencia en mecánica, con algo de estudio y práctica de aquellos tiempos. Cuando era adolescente, su padrino de apellido Pairona y al que nombraba con frecuencia, lo invitó a que fuera a vivir con él en Saluzzo, donde tenía un taller mecánico dedicado a la atención de maquinaria agrícola. Allí aprendió el oficio y se recibió de maquinista de motores a vapor, título de utilidad por aquellos tiempos. Además de práctica tenía conocimientos teóricos, de ninguna manera era un improvisado. Sabía y deducía; no le salieron las cosas por casualidad.

El primer trabajo que hizo en Argentina fue en un campo aquí en Sunchales, de Clemente Ghione, un productor agropecuario importante para la época y le atendía los equipos agrícolas. Después en la fábrica de hielo de Toneró.

En determinado momento decide instalarse por su cuenta y en compañía de tres de sus hermanos instalan un taller mecánico. Compraron esta manzana y construyeron el primer taller; era casi todo baldío,

cuando la compraron no había ninguna construcción importante.

Trabajaron en familia pero cada uno bien diferenciado; se ve en los folletos y en la pintura de las máquinas que la firma era «A. Rotania y Hnos.», por Alfredo. Y también en las funciones había diferencias entre los hermanos que integraron la firma; incluso hubo dos de los seis hermanos varones que nunca pertenecieron a la fábrica.

Y entonces aquí inició sus actividades con el taller mecánico. Vendía –y representaba también– la línea de automóviles Rugby, Durant y Flint. Eso lo recuerdo por los sobres con membretes que habían quedado remanentes de aquella época.

Al incorporar a algunos de sus hermanos a la firma, inició una actividad que se trataba de la explotación de equipos de trilla estáticos. De esa época es la foto del tractor a vapor frente a la esquina del taller; arriba se ve el cartel manuscrito, se alcanza a leer «Taller Mecánico A. Rotania y Hnos».

Bueno, entonces los Rotania compraron la manzana trece de Sunchales. Cerca, ahí nomás estaba la «casa de tolerancia» que había en el pueblo. Yo lo recuerdo de cuando era changuito; jugaba ahí en la punta de la cuadra, enfrente. Me acuerdo del salón iluminado; la música que se oía ahí la tengo presente. Para esa época era bastante afuera del pueblo. Después la trasladaron a otra ubicación, hasta que

finalmente la prohibieron; por esa circunstancia, por estar «esa casa» era una zona del pueblo no muy codiciada y entonces, supongo yo, pudieron comprar buen terreno a precio accesible. Y se vinieron a vivir a este barrio.

Esa casa, la que era de tolerancia, se compró y después funcionó la parte de repuestos de nuestra fábrica, y en los lotes de alrededor que también fuimos comprando, poníamos parte de las máquinas terminadas cuando la producción se fue haciendo más grande.

Bueno, volviendo a la trilla del sistema viejo: había cuatro equipos y a cada uno lo dirigía uno de los hermanos; primero fueron tres y como la cosa funcionó bien incorporaron un cuarto. A éste lo dirigía un maquinista que había trabajado en los equipos anteriores. Mi papá supervisaba a todos los equipos desde el taller y desde la fábrica después, pero siempre había un encargado en el campo, tres de sus hermanos Rotania y el cuarto maquinista, que no recuerdo el nombre.

Cada equipo estaba formado por un motor a vapor (tractor), una trilladora, un «carrito» (que no tenía nada de carrito, porque era tan largo como una parva y era el que recibía el cereal que descargaban los horquilleros desde la parva y lo transportaba hasta la trilladora), una casilla donde se llevaban las provisiones y servía de dormitorio al maquinista, el tanque aguatero para aprovisionar al

motor (que tenía movilidad propia tirado por caballos suministrados a su turno por el dueño del campo donde se iba a trillar) y la «pajera», que era un carro (vagón) también tirado por caballos que llevaba la paja a la planchada del motor y que éste necesitaba para alimentar al fuego que producía el vapor de agua.

Los equipos, que nuevos debían costar mucha plata, eran todos recuperados usados o directamente en desuso y se recuperaron. Se rehacían por completo y esto generaba una gran competencia entre los hermanos maquinistas responsables de cada uno, que se traducían en conjuntos realmente llamativos por su cuidado y terminación, incluso con mejoras de diseño sobre sus características originales, por ejemplo en los techos.

Cubrían la caldera con chapa y las pintaban de verde y rojo, cuidando detalles; después se «ensunchaban» con flejes gruesos de bronce pulido; quedaban llamativos. Competían por quien tenía los equipos en mejores condiciones.

Están estas fotos; algunos equipos posando con su dotación.

El que más se destacaba por su presentación era el regentado por el tío Nando (Fernando) que para más disponía de un motor Case americano, mientras que el Ruston de alta y baja del tío Enrique (45 HP) y el Clayton del tío Miguel (55 HP) eran ingleses.



El Case se destacaba porque además de ser de mayor tamaño tenía dirección asistida, lo que no era poco en aquella época, y se manejaba con una palanca en vez del volante tradicional. Disponía de 100 HP y mi viejo, que era hincha de lo europeo, decía que no los daba. Además sostenía que los motores ingleses eran más sobrios en el consumo de agua y de combustible. Es muy probable que los norteamericanos, como casi lo han hecho siempre, midieran la potencia con una norma distinta.

A las calderas las venían a revisar desde un organismo del gobierno, medían la presión; cuando ya no daban había que descartarlas, y era una catástrofe porque significaba mucha plata.

Las trilladoras eran unos aparatos imponentes; de madera, inglesas. Los cilindros de trilla tenían aproximadamente seis pies de largo, algo así como un metro y ochenta centímetros, lo que daba un ancho total de bastante más de dos metros, considerando las poleas y plataformas de inspección que las circundaban.

La dotación de un equipo de trilla de los nuestros era más o menos así:

- El maquinista, la autoridad máxima y tenía que tener «título»; era el jefe, comandaba todo, responsable del resto del equipo.
- El foguista, encargado de la caldera; en la práctica era el que manejaba el motor a vapor, le

hacía mantenimiento y se levantaba antes del amanecer para subir la presión de la caldera. Era una tarea importante porque estaba a cargo del motor (tractor) de lo cual dependía todo. Siempre al tanto de la presión, las válvulas (tenían válvula de seguridad para cuando se pasaba, entonces empezaba a largar). Sabían mucho sobre calderas.

- Un foguistot o foguistín, ayudante del foguista; la misión principal era alimentar con paja el hogar de la caldera. Generalmente un muchacho joven, dieciséis o dieciocho años. Así le decíamos al que cargaba la paja en la caldera, solamente hacían ese trabajo con la horquilla, no necesita saberse mucho, era todo trabajo físico.
- Seis a ocho horquilleros, trabajaban sobre la parva en dos cuadrillas que se turnaban cada dos horas desarmando la parva y alimentando con horquillas al «carrito» cargador, estacionado a lo largo de la parva y que lo llevaba por sistema de lonas a la trilladora. Los de abajo descansaban; ese trabajo era pesado.
- Un «batistín», a veces dos; eran horquilleros que acomodaban la cantidad necesaria del cereal para la embocadura de la trilladora; trabajaban sobre la trilladora regulando lo que traía el carrito cargador.

- Dos pajeros a la cola de la máquina, cargando la paja –ya trillada– en el carro que se llevaba a la caldera o se alejaba lo que sobraba.
- Un conductor de la «pajera», carro tirado por caballos que iba desde la descarga de la trilladora, con su tubo lanza paja, hasta la planchada del motor.
- Un conductor del tanque aguatero, que traía el agua desde la aguada del colono donde se estaba trillando para alimentar la caldera del motor. También llevaba agua a la casilla.
- Un engrasador, en la realidad el responsable de la trilladora; era una tarea de responsabilidad, porque se hacía cargo del mantenimiento de la máquina cuando se paraba la trilladora al final del día. Tenía que dejarla lista para el día siguiente; ajustar piezas, reemplazar lo que se rompía, atender las correas, todo eso.
- Un bolsero, el que enganchaba y desenganchaba las bolsas una vez llenas de cereal.
- Un cosedor. El bolsero y el cosedor, cuando el rinde era alto generalmente necesitaban ayuda.
- Un cocinero, tenía gran trabajo porque cocinaba para muchas personas y que comían lindo. Desayuno, almuerzo, merienda y cena; todo muy fuerte.
- Un ayudante de cocinero.

Es posible que además haya habido algún otro ayudante que ahora no recuerdo. Los puestos de trabajo eran aproximadamente los mismos para todos los equipos, los de A. Rotania Hnos., quiero decir; otros quizá tenían algunas diferencias.

Para dormir el maquinista tenía cama en la casilla, y posiblemente algunos otros de jerarquía; los peones debajo de la casilla o de la máquina, o donde pudieran si había galpones cerca, no se alejaban de la máquina, siempre todos juntos.

El equipo se operaba de la siguiente manera: con el «motor» se arrastraba y ubicaba convenientemente a la trilladora en relación a la parva. Se la inmovilizaba eficazmente con un sistema de calzas bastante sofisticado. Luego el motor tomaba distancia conveniente de la trilladora, unos doce o quince metros según el largo de la correa que se utilizaba. El personal adiestrado desenrollaba la correa desde la polea de mando de la trilladora hasta el volante del motor. Se la ubicaba mientras el maquinista, dando potencia iba haciendo girar con suavidad el volante (polea) hasta que la correa se ubicara correctamente. Luego se hacía retroceder con cuidado al motor hasta que la correa tomara la tensión correcta.

La habilidad del maquinista además estaba en dar perfecta alineación al motor para que la correa se mantuviera al girar sobre las poleas. Las correas,

que en los últimos tiempos eran de tela y goma y sin yapaduras, eran pesadas y no muy fáciles de operar.

Para mí era un espectáculo ver realizar todas estas maniobras bastante riesgosas con tanta rapidez y aparente facilidad.

Por último se ubicaba a mano al carrito Rosso Leones de industria argentina, ya era un desarrollo criollo, a lo largo de la parva, con el punto de descarga sobre el embocador de la trilladora. Los horquilleros, que se turnaban cada dos horas, se ubicaban sobre la parva y la tarea empezaba.

La vida de la gente que formaba la dotación no era nada fácil. Trabajaban de sol a sol y dormían sobre un colchón de paja que ellos mismos se preparaban. Los mosquiteros eran de arpillera. Cuando el mal tiempo los sorprendía se refugiaban donde podían; en la casilla o debajo de ella.

No obstante antes de ir a dormir generalmente les quedaba algún resto divirtiéndose, ya sea cantando o haciendo comedias cantadas donde parodiaban situaciones. Una de estas parodias era una «misa» donde, por supuesto en piamontés, se decían un montón de obscenidades.

Para las navidades y año nuevo se los traía al pueblo. La comida en los equipos tenía fama de buena. La habilidad del cocinero era muy apreciada. Yo sabía participar con alguna frecuencia de las meriendas,

que consistían en un mate cocido bien cargado acompañado con pan y servido en una taza enlozada grande, que a mí me parecía muy rico.

Participaba porque mi viejo hacía recorridas periódicas y algunas veces me llevaba. Naturalmente que además me agasajaban con una «chinchibirra», «chinchibira» para los italianos, o una «pasareta» y un trozo de dulce de membrillo áspero, de lata grande. La más interesante era la chinchibirra, porque el cierre o tapa consistía en una bolita de vidrio prisionera entre dos muescas en el pico de la botella. Como la bebida contenía gas, la bolita hacía un cierre hermético contra un aro de goma ubicado sobre la muesca superior. Para destaparla se presionaba con un dedo sobre la bolita. Desapareció por qué a los envases no se los podía higienizar bien.

¿Fiestas?, claro; la salida y la llegada de las máquinas después de períodos muy largos, dos o más meses, se festejaban generosamente. Se comía bien, y se tomaba más. Cantaban y se acompañaban con acordeones. El tío Nando era acordeonista, entre otros. Los cantos eran los que traían de Italia, y algunos con letra en castellano, de autores desconocidos pero con estilo muy parecido. Todos eran medio músicos, y si no se aprendía instrumento, al menos seguro que cantaban. Y también casi todos tenían apodos, obviamente piamonteses; en aquella época acá todo era en piamontés.

Cuando salían para la trilla formando el tren (motor –tractor–, trilladora, casilla, carros) era una fiesta; hacían sonar el silbato y la gente miraba cuando pasaban esos trenes. Ya se había hecho una fiesta antes de salir; y antes había otras cuando se carneaba para la provisión de los equipos. Y cuando

volvían terminada la cosecha, todavía la fiesta era más grande. Siempre se encontraba algún motivo para armar una reunión, el espíritu era muy festivo.

Mi viejo estaba a cargo de la fábrica, no salía a trillar, pero sí iba a revisar como andaban cada uno de los equipos; y yo me colaba. •



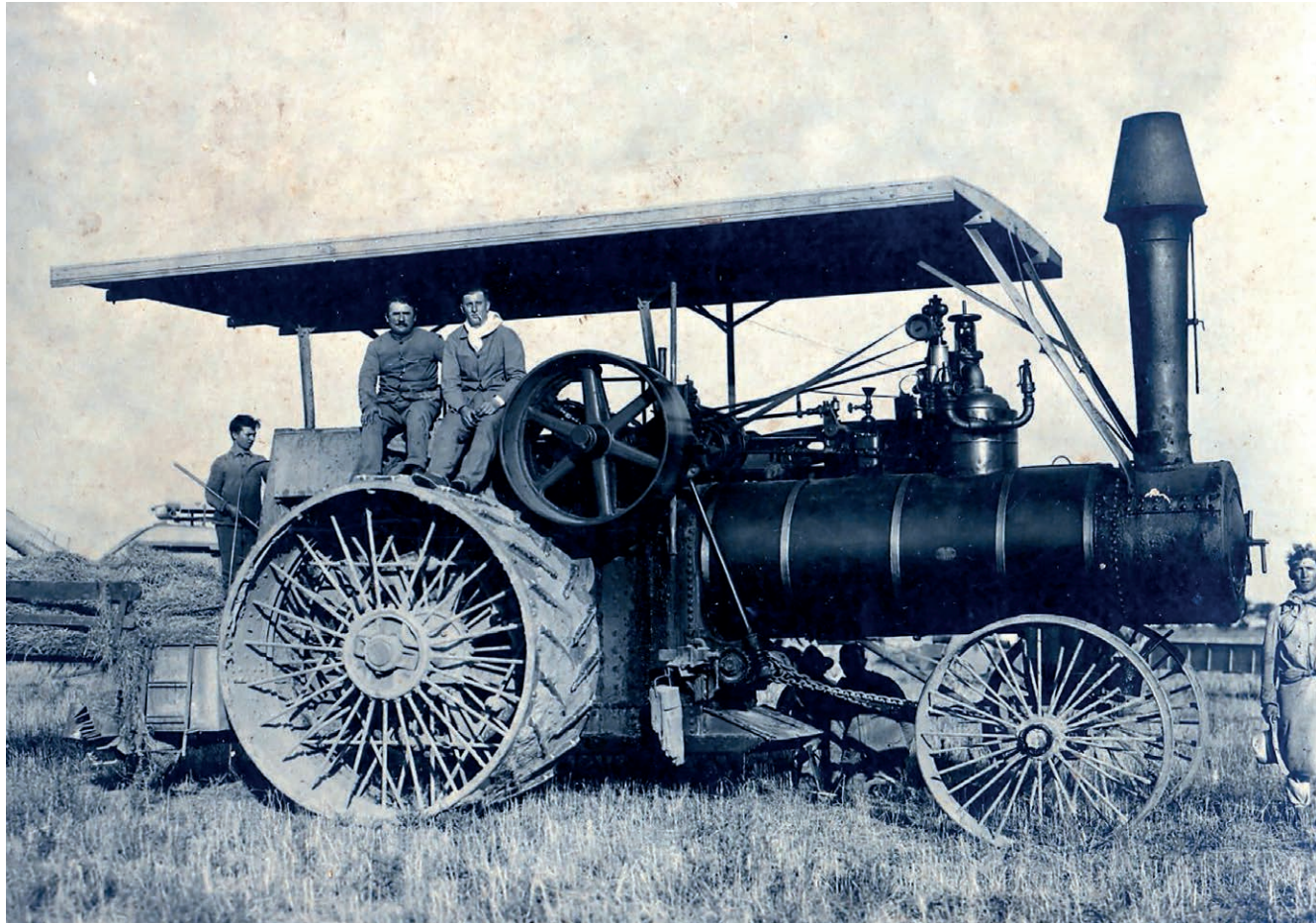
Máquina trilladora estacionaria y equipo de trabajo en Italia; el motor a vapor no es tractor y solamente da fuerza a la polea; el traslado generalmente se hacía con bueyes. En esta zona de Argentina se usaron poco respecto a los tractores.



Arriba a la izquierda: **Alfredo Rotania** en Italia sobre un motor a vapor.  
Al dorso de la foto en sello circular: «Vittorio De Matteis - Revello (Cuneo)».



Familia de **Juan Rotania**. De izquierda a derecha, de pie: **Enrique, Fernando, Miguel, Alfredo, Víctor** y **Ramón**; sentados: **María Martino** (esposa de Juan), **Palmira Merlo** (esposa de Miguel) y **Juan Rotania**.



**Motor a vapor del equipo de Fernando Rotania.** Se trata de un Case de origen norteamericano; tenía la particularidad de dirección asistida mecánicamente lo cual constituía una mejora destacable al reducir el esfuerzo de conducción.



Uno de los equipos de trilla de **A. Rotania y Hnos.**; maquinista **Miguel Rotania** y operarios en sus puestos de trabajo.

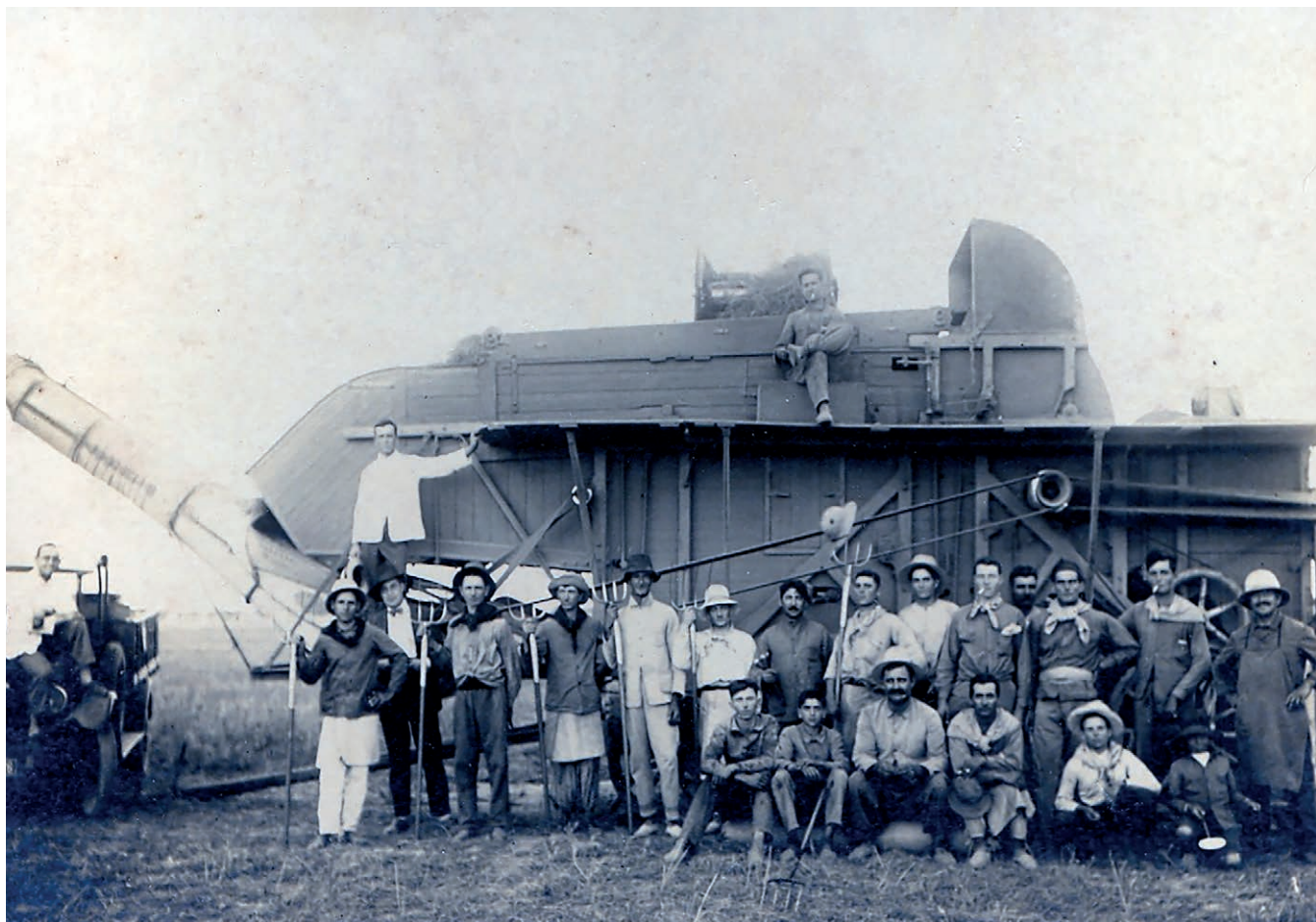




Dotación a cargo de **Miguel Rotania** con la trilladora; primero a la derecha **Alfredo Rotania**.



Miguel Rotania en el centro sobre la rueda del motor (tractor).



**Trilladora Clayton con tubo lanza paja y equipo a cargo de Enrique Rotania.**  
Sobre el capot de la camioneta «el licorero», abastecedor de bebidas a las dotaciones.



Motor a vapor **Ruston** del equipo a cargo de **Enrique Rotania**.



Dotación a cargo de **Fernando Rotania**.